los sitiados, pues que el agua cesó de caer cuando las columnas iban á medio camino y entonces pudieron recibirlos con un fuego certero de metralla y fusileria.

Los soldados que llevaban las escalas y puentes lograron echar estos en los fosos y aquellas aplicarlas contra los mismos muros, pero casi todos fueron muertos, huyendo espantados los que les seguian. Entonces los oficiales quisieron hacer entrar á los soldados á cuchilladas; pero preferian recibir la muerte de mano de estos que acercarse á los fuegos mortíferos de los insurgentes y los más corrian á ocultarse detras de las peñas mientras llegaba la noche para volver á su campamento.

Fué tal el desórden comunicado á las filas de los realistas, que Young cobró ánimo creyendo llegado el momento de lanzarse sobre ellos para derrotarlos. Dió la órden para que se reunieran en la plazoleta todos los hombres útiles del fuerte que no llegaban a ciento cuarenta y mientras se organizaba la columna que debia ser mandada por el teniente coronel Eradburn, salio aquel á un peñasco que se elevaba sobre la muralla para ver mejor cuál era el camino que debia elegirse para emprender aquel ataque que debia proporcionarles si no una espléndida victoria, cuando menos un camino franco para emprender la retirada y en los momentos en que decia Young al Dr. Hennessey: "Ya son nuestros," la bala del último disparo de cañon le llevó la cabeza.

¡Fin glorioso de un valiente que vino á agregar su nombre al martirologio de la independencia mexicana!

CAPITULO XXXVIII

CRUELDADES.

La pérdida de los realistas en el ataque inconsiderado y digno de la mayor censura de que hablamos en el capítulo anterior, fué de treinta y cinco oficiales y mas de cuatrocientos soldados, esto es, más del triple del número de hombres que defendian el fuerte. En cambio, estos tuvieron una, que valió el doble, que fué la del coronel Young, sin la que indudablemente hubieran conquistado un triunfo singular en los anales de la guerra, derrotando á cuatro mil veteranos con algo más de cien reclutas.

Entró tal desconsuelo en la guarnicion con la muerte de aquel esforzado caudillo, cuya cabeza vieron rodar todos de un modo tan inexperado y tan horrible, que nadie pensó en secundar sus miras, consagrándose á hacerle el duelo con lamentos llenos de de-

sesperacion, pues si bien envidiaban su suerte porque habia acabado como un héroe, dando fin así á sus sufrimientos, comprendian que desde el momento en que aquel brazo indomable y aquel carácter enérgico y lleno de recursos les faltaba, en adelante ya no tenian la menor esperanza de salvacion.

Entonces fué cuando Moreno, en alta voz, se reprochaba no haber oído con más atencion la cuerda medida que apenas tres dias antes le habia aconsejado y que ahora comprendia que hubiera sido seguramente coronada del mejor éxito.

Sin ocuparse ya ninguno del campamento enemigo, en el que tambien reinaba la consternacion por el fracaso y las pérdidas que se habian sufrido, toda la guarnicion se ocupó en hacer los honores fúnebres al coronel Young, pronunciándose ante su cadáver las frases más sentidas.

A la media noche fué enterrado con la pompa que se podia en aquel recinto donde reinaba la miseria, y tomando el lugar de Young el teniente coronel Evadburn, repartió este la poca gente que quedaba en los reductos principales, de acuerdo con las disposiciones del general D. Pedro Moreno.

A la mañana siguiente se sorprendieron á la vista de los muchos cadáveres pertenecientes al enemigo, que estaban sembrados desde los mismos fosos hasta la caida de la montaña, que no podian ser recogidos por unos ni por otros, pues que Liñan no quiso acceder á la pequeña tregua que se le pidió para recogerlos, esperando que la descomposicion en que entraran los cuerpos habia de ser fatal para la guarnicion, como sucedió, empezando desde luego á sufrir las enfermedades por el envenamiento del aire; de manera que á los tres dias la mitad, por lo menos, de los sitiados ó habian muerto ó estaban postrados por las enfermedades. Entonces ya fué necesario pensar sériamente en tomar alguna resolucion que les evitara en lo posible perecer todos allí de hambre y de miseria, prefiriendo morir en manos del enemigo.

Por otra parte, Liñan que sabia por los desertores que la guarnicion estaba concluyendo bajo el peso de su misma situacion precarísima, lo que hizo fué adelantar poco á poco sus trincheras y establecer un cordon de soldados en torno del cerro para evitar toda salida.

Entonces el mismo Moreno, que mil veces habia maldecido su arrogancia, de haber desechado tan sin cordura el oportuno y noble consejo de Young, fué quien primero habló de intentar una salida del fuerte, para lo cual reunió á los pocos oficiales que quedaban, diciéndoles:

—Ya no es posible que sostengamos esta situacion tan miserable por más tiempo. No tenemos víveres, no tenemos suficientes municiones para resistir otro ataque, el hambre y la peste está aclarando nuestras filas de modo tan alarmante, que en ocho dias más ya no quedaremos ninguno. En consecuencia, creo que debemos hacer un esfuerzo para escaparnos los que podamos aprovechando la primera noche lluviosa que se nos presente para romper el sitio.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Nadie pensó en oponerse á esta proposicion y solo el Dr. Honessey dijo:

—Por mi parte tengo que declarar que mi deber me manda quedarme.

—¡Cómo! exclamaron varios.

—Tengo á mi cuidado los enfermos y heridos y no puedo abandonarlos.

—¡Ay! no me acordaba de esos infelices, exclamó Moreno, á quienes será imposible llevarnos.

La idea de dejar á sus compañeros entregados á una muerte segura, pues los realistas no perdonaban ni á los moribundos, hizo vacilar la resolucion de algunos por un momento, pero se les hizo comprender que ya poco tardarian en seguir cayendo sin que hubiera esperanza para ninguno, y que si era inhnmano dejar á algunos compañeros, más inhumano era sacrificarse todos y entonces quedó aceptada tal determinacion para aquella misma noche del dia 19 de Agosto, si como se anunciaba, era demasiado oscura y lluviosa.

Desde las seis de la tarde comenzó á extenderse espesa niebla al rededor de la montaña, como si viniera en proteccion de los planes de aquellos desdichados, viéndola entonces con regocijo como en otras veces la veian con temor porque podia tambien servir al enemigo para aproximarse sin ser visto, y comenzaron desde luego los preparativos de la marcha.

Estos consistieron en clavar los cañones que quedaban útiles, en destruir el mucho armamento sobrante, en quemar, en fin, todo aquello que no pudieran llevarse, repartiéndose dos tercios del dinero que quedaba en la caja. El otro tercio fué destinado al hospital.

La escena mas desgarradora que jamás puede verse tuvo lugar luego que los heridos y enfermos, al recibir aquel dinero, fueron enterados de lo que iba á hacerse.

—¡Cómo! ¿pues acaso nos dejan aquí? exclamó uno.

Todo fué que aquel pronunciara estas palabras, cuando los demas prorrumpieron en grandes quejas y lamentaciones, pretendiendo muchos levantarse para seguir, aunque fuera arrastrándose, á la guarnicion. Los que pudieron así lo hicieron, tomaron fuerza de su misma flaqueza y se pusieron en pié para ponerse en marcha; pero los más, que apenas podian moverse en sus miserables lechos, tendian las manos en signo de súplica y pedian á gritos ó con ademanes que mejor los mataran, pues que preferian morir á manos de sus amigos que sufrir los atropellos é insultos de sus enemigos, que sabian habian de tratarlos peor que á los animales.

Los oficiales tuvieron que salirse de allí llorando, ofreciéndoles que volverian antes de partir á comunicarles la determinacion que respecto de ellos tomara el general al enterarse de sus justas demandas.

De las mujeres y los niños que estaban en buena salud, no hubo tampoco ninguno que quisiera quedarse, no obstante que se les hacia entender, como sucedió, que iban á ser la causa de que se entorpeciera la marcha y de que mataran á todos.

Moreno y Bradburn convinieron en que se haria la

salida á las once de la noche por el lado del barranco, que era por donde habia alguna remota probabilidad de poder pasar sin ser sentidos y de encontrar, en caso ofrecido, menor resistencia para romper el sitio; pero mientras el segundo formaba sus tropas y exponia sus recomendaciones para en caso de que hubiera combate, el primero habia tomado la delanra con una pequeña fuerza, como que siendo conocedor del terreno tenia que llevar la vanguardia.

—¿Y las mujeres y los niños? le preguntó Bradburn.

—Ya las dejé pasar por delante para que no nos estorben, le contestó Moreno.

—¡Maldicion! exclamó el gefe extrangero sin saber ni qué partido tomar en aquel trance en que ya no se podia retroceder, estamos perdidos.

—¿Perdidos?

—¿No vé usted que van á hacer que nos descubran? Oiga usted ya á las mujeres que van hablando allá abajo y á los niños que lloran.

—Vamos á alcanzarlas, vamos á detenerlas, exclamó Moreno lanzándose al abismo.

Bradburn le siguió con su gente porque no podia hacer otra cosa una vez que los elementos del fuerte estaban destruidos; pero dijo á los suyos:

—Vamos á ser pronto atacados: conservémonos siempre unidos auxiliándonos mútuamente y lograremos pasar aunque se nos opongan todas las legiones. ¡Animo! amigos, y vamos adelante.

Sucedió lo que este hombre previsor temia: los niños y las mujeres con la algarabia que iban formando despertaron á los centinelas dormidos, estos dieron la voz de alarma y los destacamentos acudieron á cerrar el paso á los fugitivos, haciendo cruzar sus fuegos de artilleria y fusileria en todas direcciones. Los gritos que dieron las mujeres heridas indicó á los realistas el camino que traian los del fuerte y de este modo la matanza pudo hacerse más segura. Las tropas insurgentes, ya por el fuego certero que se les hacia aún en medio de la oscuridad de la noche, que muy pronto cesó con los cohetes de luz que empezaron á arrojarse en toda la línea, ya por la dificultad que habia para subir y lo estrecho del barranco, se desbandaron completamente y como si se hubiera oido la terrible exclamacion de ¡sálvese quien pueda! cada cual tomó la direccion que mejor le convino.

Moreno, con un pequeño grupo de sus acompañantes y Bradburn con otros cuantos que le quedaron, sostuvieron un pequeño tiroteo dando lugar á que algunos volvieran á refugiarse en el fuerte y otros huyeran por entre los mismos soldados enemigos. Los que estaban más débiles por falta de alimento se quedaron tendidos en el barranco y allí fueron acabados de matar á la mañana siguiente. La esposa de Moreno, aterrorizada con los gritos de los que caian heridos y con las luces de los cohetes que daban un colorido mas horroroso á aquella escena, se separó de su marido y huyó al fuerte con otras mujeres. El combate, si así podia llamarse esta escena sangrienta, duró todo el resto de la noche. Al des-

puntar la aurora, mas de la mitad de la gente se consideraba ya en salvo encontrándose en tierra firme y traspuesta la línea enemiga; pero bien pronto se vieron cercados por una fuerza de caballeria que mandó Liñan en su alcance, la cual lanceó á todos los que encontraba á su paso, sin conceder perdon ni á los que lo imploraban de rodillas pidiéndoles unos momentos de vida para despedirse de sus deudos. Solo D. Pedro Moreno, favorecido por la niebla y por el conocimiento que tenia de la localidad, pudo escapar llevándose unos cuarenta hombres, entre estos trece de los extrangeros que habian desembarcado con Mina, incluso el comandante Bradburn; todos los demas perecieron acuchillados por los realistas, sin fuerzas ya y sin armas para hacer la menor resistencia.

En el fuerte se habian refugiado como unos veinticinco hombres, entre ellos algunos decididos á vender caras sus vidas; pero se encontraron con que ellos mismos habian destruido los elementos de defensa y las municiones con que cada uno contaba eran insignificantes, así es que se resolvieron á esperar la muerte con resignacion.

Liñan entró allí por la mañana desplegando un lujo de rigor innecesario con aquellos prisioneros que se entregaron sin disparar un tiro, y despues de haberlos mandado amarrar y golpear atrozmente, los destinó durante tres dias á demoler las murallas, pasándolos por las armas en el cuarto dia. A los heridos y enfermos los mandó matar tan luego como supo que habia algunos en el hospital, sin tener consideracion ni á los agonizantes.

Así acabaron estos intrépidos sitiados en venganza de haber ellos matado en buena lid á dos terceras partes mas del número total que ellos formaban.

Tan caro triunfo, que costó cerca de unas dos mil víctimas, fué celebrado en México con grandes regocijos, dándose por terminada la grande alarma que habian producido las audaces hazañas de Mina. Entre esas víctima tenian que contarse pérdidas muy sensibles, tanto entre los insurgentes que vieron morir á la mayor parte de los intrépidos extranjeros que habian venido con Mina á sostener su causa, como los realistas que tuvieron más de cincuenta oficiales muertos, contándose entre ellos el teniente coronel de Zaragoza D. Gabriel Rivas y el capitan ayudante Pedro de Ugarte.

Al principio Liñan pareció no haberse fijado en las mujeres y los niños que pasaban de cuarenta, pero como se le dijera que estaban haciendo algun consumo en las provisiones, sin embargo de que se les alimentada miserablemente, vino á pasar revista á aquel grupo de débiles criaturas, comenzando por lanzarles las injurias de costumbre.

Entonces vió que habia unos cinco niños harapientos de unos ocho á nueve años y exclamó al punto:

—¡Cómo! Señor coronel Ruiz, pues nada se me habia dicho de que todavia quedaban aquí estos insurgentes.

—¿Cuáles, excelentísimo señor? preguntó Ruiz fingiendo que no habia comprendido y volviendo la vista á todos lados.

—Estos, estos, agregó cogiendo á uno de ellos por el cuello y tirándolo de un puntapié, estos que dentro de dos años á lo mas, ya sabrian empuñar un fusil contra nosotros si los dejáramos con vida.

Ruiz, sin embargo de estar acostumbrado á ver cometer crueldades y á cometerlas él mismo, no pudo menos de estremecerse y cambiar de color á la idea de que tambien aquellos pequeñuelos pudieran ser fusilados, y sin interceder por ellos directamente dijo á Liñan:

—Vuestra excelencia dispondrá lo que deba hacerse con ellos.

—Que los lleve en el acto el capitan de mi guardia detras de aquellas peñas.

—¿Se han de ejecutar? preguntó Ruiz atónito.

—Inmediatamente.

Las cinco madres al oir esta terrible órden se precipitaron unas á los piés de Liñan, otras á abrazar á sus hijos lanzando gritos desgarradores.

Liñan les volvió las espaldas y con los ojos solamente previno que se cumpliera con lo mandado.

Entonces vinieron los soldados, separaron de las mujeres á los cinco pequeños condenados y los llevaron bañados en lágrimas á cumplir su fatal sentencia.

Las madres se habian ido detras de la escolta que iba á verificar el fusilamiento, así es que Liñan pudo volver al mismo sitio sin temer sus importunidades.

—En cuanto á estas mujeres, siguió diciendo Liñan á Ruiz, tambien tienen que sufrir el castigo de costumbre.

—¿Hay que raparlas?

—Sí, señor: se les corta los cabellos á raiz, se les da veinticinco azotes y se las despacha á reunirse con el enemigo que queda en el cerro de San Gregorio para que les lleven noticias nuestras.

Entonces salió una matrona de entre las demas mujeres que hasta entonces habia estado oculta á las miradas de Liñan, de porte distinguido y de traje más decente que las otras. Era la esposa del general Moreno.

—Señor, le dijo esta encarándose al general, los insurgentes no han tratado nunca así á las esposas de los realistas.

—¿Quién es usted? le preguntó Liñan.

—Soy la esposa de D. Pedro Moreno, del hombre que hasta ahora no ha llegado á manchar sus manos con la sangre de ningun prisionero enemigo.

—¡Ah! y usted lo que desea saber es si su marido vive ó muere?

—Sé que vive, contestó ella con entereza, porque así me lo ha hecho saber él mismo por este papel que me ha hecho llegar.

Hasta aquel momento Liñan estaba indeciso sobre si trataria ó no con algun miramiento á la esposa de un enemigo leal, que disfrutaba de buena reputacion y que ocupaba un lugar distinguido entre los independientes; pero la misma señora de Moreno acababa de condenarse manifestándole aquel papel, lo cual produjo en el tirano la mayor irritacion, avivándosele

en todo su sér el deseo de tomar venganza de aquella osadia.

—¡Ah! con que el cobarde Moreno, dijo, que dejó aquí á su mujer abandonada, se ha atrevido á introducir un emisario á mi propio campamento?

—Una desgraciada mujer que vino buscando á su hijo fué la que me trajo este papel.

—Bien, bien: no hay motivo para que usted no sufra la suerte de sus compañeras.

—Señor general, continuó diciendo la mujer de Moreno con voz firme, vuestra excelencia se deshonra mandando castigar á las mujeres indefensas que no le han hecho ningun mal. Yo no quiero ser la única esceptuada, yo pido que no se castigue á ninguna de un modo tan horrible.

—¡Mujeres indefensas! exclamó el cruel Liñan, cuando yo las he visto arrojando peñascos á mis oficiales.

—Señor, exclamó la Moreno rindiéndose por fin al dolor y derramando abundantes lágrimas, ya se ha vertido suficiente sangre, ya ha corrido más sangre de la que debia, ya es mucho lo que se ha castigado á los hombres en cumplimiento de órdenes que á ellos solos les comprenden. ¡Piedad para las pobres mujeres!

En ese momento se oyeron las descargas, anunciando que recibian la muerte los cinco pequeñuelos y todas aquellas mujeres cayeron de rodillas delante de Liñan implorando misericordia.

—Basta! exclamó este con el ceño airado, y dirigiéndose siempre á Ruiz, que esperaba su final resolucion, agregó: que se cumplan mis órdenes.

—¿Tambien respecto de la Señora de Moreno? preguntó.

—Tambien respecto de mí, contestó ella avanzando á la vez que se desataba los cabellos para que se los cortaran, ó se demuestra algo de generosidad con todas ó con ninguna.

Y como Liñan giró sobre los talones para retirarse, ella se apresuró á decirle:

—Pido á Dios que vuestra excelencia no tenga hijos, ni mujer, ni familia, que paguen algun dia la crueldad de que está haciendo alarde abusando de la fuerza. Pido á Dios que terminen con la muerte de todas nosotras las desdichas que sufre esta nacion tan oprimida.

Liñan no volvió siquiera la cabeza, fingiendo que nada habia oido y dejó al ministro de sus iniquidades encargado de la ejecucion de su innoble sentencia.

Corramos un velo sobre este acto que en aquellos tiempos se tenia como una cosa corriente y que hoy constituiria un padron de afrenta en cualquiera que lo dispusiera y ejecutara y pasemos á la pequeña escena que siguió entre Ruiz y un insurgente de los prisioneros que tenia escondido y custodiado en donde era antes el hospital, el que estaba casi salvado gracias á una revelacion que le habia hecho.

—Vamos á ver, amigo, en dónde dices que está el dinero?

—Aquí, detrás de esta pared, en donde yo mismo ayudé á enterrarlo.

—¿Cuánto es?

—Como veinte mil pesos.

—Vamos á la obra: ya sabes, si es falso te ahorco; pero si es cierto esta misma noche te dejo ir en libertad.

Ruiz se encontró en efecto enterrados en aquel lugar muchos sacos de dinero y dando cinco pesos al insurgente de la noticia, aquella noche le cumplió su palabra poniéndolo en libertad.

Unico caso de que un insurgente pudiera contar que se habia escapado de las manos del enemigo en toda aquella larga historia de calamidades.

CAPITULO XXXIX

SACRIFICIOS

Despues de la tentativa que habia hecho Mina para apoderarse del convoy de los realistas, el cual hubiera sido un golpe de salvacion indudable para los defensores del fuerte del Sombrero, pues falto Liñan de aquellos elementos hubiera tenido que levantar el sitio, las diferentes partidas por diversos caminos se dirigieron á su cuartel general, que era por entonces el fuerte de los Remedios, mientras que el general se quedó solo con cien caballos de Ortiz que eran los mejor organizados y con ellos dió una carga á un cuerpo de caballeria realista que le salió al paso entre Silao y Leon, logrando destruirlo tan completamente, que el mismo coronel que lo mandaba, fué lazado y arrastrado, ejercicio en que al narrar este lance, dice Alaman, erán muy diestros los insurgentes.